

Mi corazón morado opina lo contrario

Veo la boca del estudiante moverse, pero sus palabras, al llegar a mis tímpanos, solo logran convertirse en ondas dispersas que mi cerebro parece no poder procesar. ¿Podría ser cierto? Medito lo dicho en clase y lo repito una y otra vez dentro de mi cabeza. “En realidad las marchas no sirven de nada”. Quiero contestar al comentario, pero no sé bien cómo.

Mientras el debate sobre la participación ciudadana continúa, pienso en desesperanza en lo que significaría la veracidad del argumento. Escucho mi corazón retumbar, siento la sangre subir a mis mejillas y veo las imágenes de una historia que me indica que aquello no puede ser cierto. Por lo que me dispongo a probarlo.

Inmediatamente me regreso a ese 8 de marzo. Mi cuerpo teletransportado al pasado está en una recepción llena de mujeres. Entre una marea de pancartas y pañoletas moradas me ofrecen agua y comida para el camino, conscientes de la larga jornada a la que nos someteremos. Por un momento, el agobio es demasiado en mí. Las amenazas que circulaban en grupos de WhatsApp, los disturbios que precedían en otras marchas y la preocupación de mi hermana se acumulan en mi cabeza... hasta que varias manos se posan en mi hombro. Personas desconocidas con caras familiares me sonríen. En un pacto silencioso, nuestras miradas prometen quedarse juntas el resto del día. Dejé que la red sorora que me rodeaba me guiara en mi nuevo andar feminista.

Anotamos nuestros nombres y teléfonos de emergencia con marcador permanente en nuestros brazos. El temor con el que lo hacíamos no se hizo evidente cuando nuestros puños se alzaron en el aire de cambio palpable en el ambiente. Subimos a los camiones y partimos rumbo a la Explanada de los Héroes, la cual se llenaría en pocas horas de miles de heroínas.

Antes de bajar nos toman lista, nos señalan el punto de encuentro y nos recuerdan protestar como si nuestra vida dependiera de ello, pues es cierto. Entre cantos de niñas, discapacitadas, universitarias y acuerpadas, nos tomamos un momento para apreciar lo que ven nuestros ojos: esperanza.

¿Mi marchar no sirvió? ¿El recorrido de un sinfín de ciudadanas por esas calles sangrientas no representó nada? ¿Nuestras voces al unísono exigiendo ser vistas no fue significativo? Mi corazón morado opina lo contrario.

Pienso en cuando guardamos silencio por las que ya no están. Cuando nos abrazamos por las que sí. Cuando lloramos porque no es justo. Cuando las lágrimas se transformaron en gritos guerreros. Cuando quienes no conocía se ofrecieron a ser mi familia por un par de horas de manifestación, significativas de años de lucha. Cuando mi coraje se antepuso al temor.

Pienso en los cambios. Pienso en mi madre comprándome libros feministas. Pienso en mi padre cuestionando su machismo. Pienso en las que se atrevieron a denunciar, en las que contaron su historia, en las que pelean en silencio. Pienso en las que ya no tienen miedo. Como yo.

“La ley Olimpia”. Veo las pantallitas de mis compañeros y mi micrófono abierto. “Las marchas, quiero decir, sí sirven. Se acaba de aprobar la Ley Olimpia en México, producto de uno de muchos esfuerzos feministas, entre ellos los de las manifestantes”. Si bien aquellos en la clase ignoraban la historia que le procedía a mi hablar, quizá algún día leerían el relato de cómo mi corazón morado opinó lo contrario y lo probó. No a ellos, sino a sí mismo.

-Ladybird